

el cortar y herir de las espadas, los tiros de ballestas y escopetas, y especialmente el tronido del artillería, y la fuerza de una bala que atravesó el costado de la nave hundida. Entre gente tan benigna y de corazón tan pusilánime que al oír un cañonazo caían todos en tierra poseídos de pavor y susto, no pensaba fuese necesaria fortaleza alguna. Mas todavía para darles á conocer el sublime ingenio de sus huéspedes, y atender á la total seguridad de la colonia, ordenó se construyese junto al puerto una torre de madera con su foso en rededor. Fué tal la diligencia de los españoles, y tantos los haytíes que ayudaron por mandado de Guacanagarí, que en muy pocos dias quedó la obra casi enteramente acabada, aprovechando en ella todos los materiales de la nao que se sacaron del agua sin perder astilla. Diósele nombre fortaleza de la Navidad, el mismo que se impuso al puerto y á la poblacion inmediata, con motivo del dia en que tomó allí tierra nuestra gente salvandose de los peligros del mar.

36 Entre tanto el general no cesaba de estrechar la buena amistad con el cacique, y grangearse la benevolencia de sus vasallos principales, repartiendo diversas ropas y bugerías. Nada menos continuó en embobarlos con los ejercicios de las armas. Corres-

pondian ellos dándole cantidad de plastas y joyeles de oro, y festejándole á su manera con grande pompa. En la casa mejor del pueblo, una de las señaladas para hospedage de los nuestros, dispusieron un estrado de yaguas ó camisas de palmas, que eran sus alfombras, con sillas de espaldar bajo labradas de cierta madera negra y reluciente como azabache. Y quando Colón bajaba á tierra en la barca, unas veces iba á recibirle un hermano del cacique, conducíale al estrado, y dando aviso al hermano, venia este acompañado por lo comun de otros señores. Otras veces acudia él mismo á la playa. Así fué en el 30 de Diciembre, que salió con mucha autoridad, puesta una corona de oro sobre la cabeza, rodeado de cinco caciques inferiores, recién venidos al parecer, cada uno con su corona de oro: le llevó del brazo á la casa, y habiéndole sentado con ademanes de singular comedimiento y respeto, quitóse la corona, y la puso en la cabeza del venerado huesped. Colón en retorno le vistió un capuz, púsole al cuello una sarta de alaqueques y cuentas de diversos colores, y un anillo de plata en el dedo, y le hizo calzar unos borceguíes: adornos para él de suma estimacion y riqueza.

37 En medio de estos festines andaba muy solícito por inquirir las minas de oro: mas no eran enten-

didadas sus preguntas, ni las respuestas de los naturales. Entre algunos nombres de caciques y provincias donde le decian haber copia de aquel metal, oia siempre la palabra Cibao: por donde volvia freqüentemente á su imaginacion, que seria la Cipango oriental. De ahí el hacer examinar las plantas, á fin de hallar las preciadas drogas y especias de la India; el preferir el agí ó pimiento á la malagueta ó pimienta fina, y la facilidad en dar crédito á Vicente Yañez que pensó haber encontrado matas de ruibarbo. Quisiera detenerse á investigarlo, seguir reconociendo las costas de la Española y otras islas, y de camino juntar un tonel de oro, como decia y lo tenia por cierto. Pero contenia prudentemente sus deseos al verse con una sola caravela, expuesto á que con otro fracaso como el de la capitana no pudiera llevar á Europa las nuevas de su feliz descubrimiento. De Martin Alonso temia no se hubiese perdido: porque si bien en estos dias certificaron varios naturales haberle visto en un rio ácia el este; túvolo por incierto, quando un marinero enviado á buscarle y atraerle con mensaje y cartas de amor en una canoa, volvió diciendo que anduvo mas de veinte leguas sin hallar el menor vestigio. Y dado que aportase á España, recelaba que habia de publicar falsedades, por escusar su culpable

desercion, causa de perderse tantos bienes como pudieran conseguirse de este viage. Así que por su honor y por la grandeza del negocio determinó partirse sin demora, para comunicar á todo el mundo los gozos y dones que la divina bondad le habia concedido.

38 Mientras se aparejaba la caravela, y se hacia la provision de agua, leña, cazabe, ajes, pescado salado, caza, y otras vituallas que le aprontó generosamente el cacique Guacanagarí, proveyó todo lo conveniente á la poblacion de la colonia. Eligió para primeros pobladores treinta y nueve hombres, los mas voluntarios y mejor dispuestos para sufrir trabajos: entre los quales habia de todos oficios, señaladamente cirujano, carpintero de ribera, calafate, tonelero, artillero y sastre. Por capitán ó gobernador nombró á Diego de Arana, y por tenientes y sucesores suyos en caso de muerte, primero á Pedro Gutierrez, y segundo á Rodrigo de Escobedo. Les dejó la barca, las armas y artillería de la capitana, gran cantidad de vino, vizcocho y demas bastimentos europeos, y todas las mercaderías ó bugerías que le quedaban, para rescatar buenamente todo el oro que posible fuese. Encargóles mucho que recorriesen las costas de adelante con la mira de encontrar sitio mas á propósito para la poblacion y contratacion; pues no estaba satisfecho

de aquel puerto, que ahora llaman del Cabo-francés ó el Guarico, por la multitud de bajos y restingas que dificultan la entrada y salida de las naves. Que sembrasen nuestras semillas, indagasen los nacimientos del oro, aprendiesen la lengua del país, y por todos medios supiesen quanto encerraba la tierra en punto de metales y especería. Que guardasen la debida obediencia á su capitán, y estuviesen siempre unidos sin apartarse unos de otros, ni arriesgarse á entrar en provincias desconocidas fuera del señorío de Guacanágarí. Cuya amistad procurasen conservar con un trato dulce, sin ofender á ninguno de los suyos, singularmente á las mugeres, manteniendo con su moderación y continencia la ilusion de aquella gente sencilla, que los tenia por semidioses venidos de lo alto. Que obrasen como verdaderos christianos, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos, y poniendo en él su confianza de obtener otros mayores. Ofreció á su consideración las angustias pasadas en el mar, el indecible gozo que causó la vista de la primera isla, la rica perspectiva que presentaba lo descubierto, y la necesidad de permanecer inalterables en qualquier adverso acontecimiento, porque no se alcanzan las cosas grandes sino con grandes trabajos. Protestóles en fin que los llevaba en el corazón, y no reposaría hasta

volver á verles y traerles socorro con muy señaladas mercedes que seguramente les alcanzaría de sus altezas. Todos á una voz respondieron mostrándose contentos y prontos á cumplir lo que se les ordenaba. Siguióse á esto una tierna despedida: en cuyos sentimientos tomó grande interes el generoso cacique, muy satisfecho del asiento de los españoles en su dominio.